

pobres, tiene una gracia que da el hipo al más pintado.

Por eso digo yo que antes pensaba que los reyes eran las gentes más desgraciadas del mundo; ahora comprendo

que los más desgraciados no son ellos.

Son los periodistas.

Y los más imbéciles también.

LUIS SÁNCHEZ

Epílogos

Lo de Méjico

El oro de la experiencia que amontona la batalla de los siglos, ya no va siendo un caudal decorativo siempre pesado, siempre inútil. Puestos en circulación esos valores, van sirviendo para equipar con más rumbo y mayor fuerza las falanges heroicas del presente que habrán de conseguir las victorias definitivas del porvenir.

Los pueblos esquilmados que alzan por fin las cóleras de su protesta, saben que las revoluciones todas de la tierra se han detenido en el punto preciso en que, colmado el interés de los caudillos políticos que las han conducido, significan un esfuerzo estéril para las masas de opinión que en el sigilo de su dolor las engendraron. Por eso la tendencia actual de los revolucionarios sociales, va resueltamente al logro de sus aspiraciones más lejanas. En las profundas conmociones de la hora presente, los políticos de acción no representan otro papel que el de elementos explosivos cuyos efímeros vigos son de gran utilidad en las primeras algaradas. No constituyen ya el centro propulsor del mecanismo ni poseen por lo tanto la facultad de graduar ni detener la marcha á su sabor.

Así se explica lo que está pasando en Méjico. Iniciada por los políticos liberales una campaña contra la dictadura secular de don Porfirio, con todos los fermentos que ágitaban el subsuelo social, la revolución tomó cuerpo y concluyó por apersonarse en toda la extensión de aquel terruño. Conseguido el fin político de los cazadores del Poder, tocaron retirada á sus huestes y procedieron á repartir entre ellos el botín á costa de tantos

sacrificios populares conquistado. Allí terminó para ellos la gestión revolucionaria.

Pero he aquí que el pueblo, aleccionado ya por la experiencia, lejos de abandonar el arma y volver al mismo oscuro rincón de sus tristezas habituales, la dirigió tranquilamente hacia el pecho de los nuevos amos, con gran sorpresa de los que nunca sospecharon tal resolución en el humilde Sancho, escudero prudente y reflexivo, que hasta la fecha había guardado racional distancia de la palestra radical en que se debatía solo y heroico el idealismo.

El pueblo mejicano, atado al feudalismo anacrónico más absurdo, no hacía ni podía hacer consistir la cesación de su ignominia en un cambio de personal en el Gobierno, que dejaba incólume el oprobioso sistema que lo hacía gemir. Cuando tomó las armas para combatir por su derecho á la tierra, ya sabía que sólo habría de deponerlas sobre su parcela cultivada, bañada por el sol y acariciada por la brisa; ya conocía de antemano que la jornada era larga y tenía formulado el vasto plan de resistencia que ha traído el desconcierto á la fila de cálculos de sus oportunistas conductores.

Por eso el estado social de aquel país de hermanos deja mucho que desear á los amigos del orden y de la tranquilidad que sólo piden paz para su dicha, así tenga ella que fundarse sobre el más abyecto de los renunciamientos del vigor popular y sobre los más intensos delirios de la violencia omnipotente.

¡Tierra! Este es el grito de combate de los batalladores mejicanos hacia los cuales vuela con alas de simpatía nuestro pensamiento. Desposeídos de su